La Sala 14

Este texto de teatro es el fruto de un encuentro artístico realizado con el apoyo de la Asociación Pro Derechos Humanos, Iberescena y un grupo de artistas escénicos.

El punto de partida desde la dramaturgia se refiere al tema del encierro involuntario de personas que sufren en algún momento de una adicción o crisis mental, en el mayor de los casos, leve y temporal. Las personas puestas en cautiverio en contra de su voluntad, con tratamientos muchas veces basados en generalidades, de la mano de una cuestionable medicación; adquieren lesiones que les dejarán secuelas de por vida. Por si fuera poco, una vez que el individuo logra salir en libertad, se encuentra en peor condición que un reo pues un paciente psiquiátrico es considerado para siempre enfermo, además de que la sociedad lo etiqueta irremisiblemente de loco, lo que difícilmente le permitirá integrarse ni sentirse mejor, sino todo lo contrario. No está en nuestro campo ni es nuestra misión atender científicamente estos hechos, pero la investigación nos permitió recopilar datos y, tantos casos se dan con similares características que debemos suponer que el encierro enferma al ser en cautiverio de manera integral y permanente.

En un segundo momento la dramaturgia propuso la anécdota, sobre ésta se improvisó en el espacio donde además del coreógrafo, el músico, el artista audiovisual y los intérpretes intervino el director escénico; aquí es donde la creación escénica interdisciplinaria aportó en cada ensayo para ir incorporándose en este texto que pretende retratar la secuela que deja la tortura de todo encierro, tal vez sea este el padecimiento que nos devastará.

En la recreación de esta anécdota tratamos de encontrarnos cada uno con nuestra historia personal, de recordar la felicidad y la tristeza de la infancia

nace la fábula, la parte enferma que no nos abandona sino hasta la muerte, entonces nos encontramos con nuestro dolor, y como el dolor de cada uno es el dolor de la humanidad, investigamos principalmente sobre nosotros mismos. A partir de entonces la dramaturgia visiona un acontecimiento escénico; de esta manera los ensayos me permitieron incluir en el drama algunos otros lenguajes como la danza, la música, y el arte audiovisual.

LOS QUE INTERVIENEN EN LA CREACIÓN

Guillermo Castrillón, coreógrafo

Antonio Tarnawiescki, músico

Gabriel Cortéz, artista audiovisual

Ana Zavala, intérprete

Marissa Cubas, intérprete

Samuel Dávalos, intérprete

Littman Pipo Gallo, intérprete

Celeste Zeña, productora

Sara Donaires, asistente de producción

Elsa Bustamante, psicóloga asesora

Daniel Dillon, director

PERSONAJES

Marissa, paciente psiquiátrica

Ana, su inconsciente

Samuel, paciente psiquiátrico

Dr. Gallo, médico psiquiatra

Todos nos encontramos en el interior de una casa antigua, estamos en un ancho patio de techos altos. La luz de un fluorescente titila incansablemente iluminando de manera insuficiente el lugar. Hay un baño en una esquina y al fondo se levanta un altillo bastante espacioso que hace de la oficina del doctor.

La luz titila en el único fluorescente de la sala.

Al empezar vemos al doctor que realiza anotaciones, observa sus plantas, revisa sus llamadas en su celular, se sienta frente a su ordenador a escribir.

El músico pone un tema en el equipo CD de Oliver Messiaen *Vingt regards sur* y ordena a un lado sus objetos reciclables que ha elegido para la música.

Samuel, que es un paciente, está en algún lugar del recinto, sentado en un rincón en la penumbra.

Podemos ver a un lado al artista audiovisual preparar sus equipos. Empieza a registrar imágenes en vivo (incluye a los espectadores) y las va proyectando en un lugar pequeño en una pared.

El músico arrastra una silla de una esquina a otra del espacio, el sonido es cada vez más irritante.

El artista audiovisual registra las acciones de Marissa al detalle, se acerca a ella cuando es necesario.

1.- La llegada de Marissa

Marissa entra por donde entraron hace unos segundos los espectadores, viste de ropa de calle, casualmente.

MARISSA

¿Han visto al doctor?

La puerta se cierra de golpe tras de ella.

Al mismo tiempo que Marissa, Ana (que representa al inconsciente) entra al espacio desde otro sitio, viste ropa negra y se pasea por el lugar, aunque está lejos del centro del escenario, no deja de observar y reaccionar respecto a lo que le sucede a Marissa internamente, así que Ana en muchos momentos cae al piso, convulsiona o simplemente se queda quieta en un lugar y acciona o se mueve de una manera impensada.

Marissa se dirige al fondo para hablar con el médico, Samuel la ve.

Marissa corre a la puerta por donde entró, la intenta abrir sin lograrlo, golpea la puerta, se detiene impotente ante la situación, luego vuelve corriendo donde el médico.

Ana empieza a subirse a la ventana, abre las hojas de la ventana y se sube al alféizar donde realiza movimientos que sugieren que ella hace el intento de escapar.

MARISSA

No pienso dormir aquí, doctor. Por favor doctor, déjeme salir, tengo mi hija afuera.

DOCTOR

Descanse por favor, mañana se sentirá mejor.

MARISSA

¡No quiero descansar, déjeme salir de aquí!

DOCTOR.

No es necesario que te pongas así, este es un lugar para descansar, tómalo como si estuvieras de vacaciones.

MARISSA

(interrumpiendo)

¿Por qué me están haciendo esto, doctor?
¿Por qué?

DOCTOR

Nadie quiere hacerte daño.

MARISSA

¿Entonces por qué no me deja salir?

DOCTOR

Porque necesitas descansar.

MARISSA

¡No necesito descansar! Estoy bien, ¿por qué me han encerrado aquí?, esto no es necesario, doctor, estoy bien, míreme, hágame una prueba, doctor. ¡Doctor, escúcheme, necesito salir de aquí! ¡Encerrar a personas inocentes es un delito!

Marissa vuelve corriendo, toca la puerta desesperadamente, está cansada, insiste, grita de rabia e impotencia, nadie abre.

MARISSA

¡Abran la puerta, es un error, es un error, por favor! ¿Hay alguien ahí afuera? ¿Hay alguien? Abran la puerta, abran la puerta por favor, no me van a dejar aquí, son mi familia, me aman, tiene que haber sido un acto desesperado de su parte, no saben lo que me están haciendo.

¿Pero qué hice para merecer esto? ¿Dios mío, hice algo malo? Sólo recuerdo que me empecé a deprimir porque estaba sola... muy sola. Dios mío ayúdame a salir de aquí, ayúdame mi dios... Tranquila, serénate, si no es peor, pronto van a venir por mí, no me van a dejar aquí más de tres días, no me van a hacer eso....

Marissa se angustia cada vez más ante la espantosa idea, en su desesperación se ha quitado una prenda y otra hasta quedar completamente desnuda, de pronto va corriendo hasta el fondo del lugar otra vez, pero esta vez el doctor se muestra indiferente, Marissa vuelve y camina casi sin fuerzas. Cansada, se sienta en la cama.

El artista audiovisual proyecta algunas imágenes en el espacio.

Marissa pasea su mirada por el espacio.

Samuel la mira, le estira la mano, balbucea

SAMUEL

Hola...

Marissa siente frío, se acurruca en la cama, debajo de la almohada encuentra un camisón suyo.

MARISSA

Pero... ¿Por qué está mi ropa aquí? ¿Y esta bolsa... no es de mi mamá?

Se la he visto antes... es de ella, claro.

El artista audiovisual apaga la proyección.

Marissa encuentra dentro de la bolsa un papel higiénico, un jabón, una pasta dental y un cepillo de dientes. Empieza a darse cuenta y al mismo tiempo a aceptar algo que hasta este momento quería negar; en su encierro también han intervenido sus familiares. Reconocerlo le produce mucha frustración, dolor que se ve expresado en el llanto y las náuseas. Desconsolada se viste, lentamente va al baño con el papel higiénico, el cepillo y el dentífrico. Una vez adentro cierra la puerta, enciende la luz, se lava los dientes. Por un momento se escucha el correr del agua del lavabo, el sonido del cepillo frotándose con los dientes, el sonido de las arcadas, y de las enjuagadas de boca. Finalmente se oye que cierra el caño y sale.

Marissa baja las gradas del baño, Samuel está afuera, le ofrece la mano para bajar, ella duda un momento, le da la mano y Samuel la ayuda a caminar hacia su cama.

Ana, sube y baja unas escaleras que están recostadas en la pared del fondo, luego camina por una cornisa cercana a riesgo de caerse, no desperdicia oportunidad de riesgo en el espacio y desde cada lugar juega con su sombra que se proyecta en la pared.

Marissa llega a su cama y se sienta, mira alrededor como queriendo reconocer algo más en el espacio que la rodea, vemos que su angustia va en aumento, no puede contener las lágrimas.

Samuel le pasa la voz y le sonríe con dulzura, luego va hacia el reproductor de vinilo y pone un disco de música tradicional de *Burundi*. Se anima a cantar un poco pero pronto se detiene, intenta por segunda vez pero vuelve a callar, es como si se avergonzara de su voz, de lo que está haciendo, o como si no se comprendiera a sí mismo y quisiera comprender la razón que lo hace avergonzar, mira a Marissa de nuevo y verla lo impulsa a cantar un poco más, por un momento hasta parece disfrutar de la canción que repite el vinilo, este

momento se sostiene mientras lentamente todos los personajes se detienen, es como si por un momento todos cantaran la misma canción, como si todos entraran en trance o en un estado profundo de introspección.

En su oficina el doctor va por su guitarra, la revisa, la limpia, la afina, prueba con unos acordes pero no puede sacar el tema. Recuerda algo, se da cuenta de que es algo que tiene que anotar, pone la guitarra a un lado y se dirige a su escritorio.

Samuel se ha acercado donde Marissa. Toma una sábana de la cama y luego la extiende frente a sí, jugando con las figuras que su cuerpo dibuja en la sábana gracias a una contraluz, se da cuenta que a Marissa le agrada eso y se pone a jugar más con las diversas formas que aparecen.

Pero Marissa pierde el interés y lentamente se recoge en la cama, su mirada se posa en el vacío, pareciera hundirse segundo a segundo cada vez más en la lejanía...

MARISSA

Mi novio va a venir a recogerme.

El doctor pasea en su oficina mientras que por su gran ventana observa todas las reacciones de sus pacientes y las anota, sostiene entre sus dedos un cigarrillo que fuma compulsivamente.

Marissa en el borde de la cama se agacha para mirar debajo de ella, al ver que no hay nada de manera instintiva se deja caer lentamente en el piso para terminar por deslizarse y refugiarse debajo de la cama.

Samuel se acerca y se acuesta encima de la cama, está inquieto. No sabe como entablar una conversación con Marissa, se le ocurre ir por una flor que roba de la oficina del doctor, vuelve pronto y se la ofrece a Marissa, ella que está debajo de la cama saca la mano y la recibe pero se queda sin salir.

El doctor, entre tanto, llama por teléfono y hace anotaciones.

DOCTOR

Respiridona 50 mgs. Esa le das una por día, fluoxetina de 100 tres veces al día después de comidas, y clonazepan de 2 miligramos una al día antes de acostarse. ¿Ah? ¿A quién? Ajá. ¿Adderall, dice usted?, no, no lo he puesto a prueba, tengo que estudiarlo aun, pero ¿cuántos años tiene el chico dice usted? Siete, mmm, pruebe, déle una al día pero estudie de cerca sus reacciones. ¿Cómo? Ah, sí, sí, es altamente adictiva. Sí, eso, antidepresivos, sí, envíemelos hoy mismo. Ajá, entiendo, no hay problema. Sí, le dicto: una caja de amitriptilina, amoxapina, butriptilina, clomipramina, desipramina, dibenzepina, dosulepina, doxepina, imipramina, iprindole, lofepramina, melitracen, nortriptilina, opipramol, protriptilina. Ajá. Y para recaptación de serotonina dos cajas de cada una: citalopram , etoperidona, escitalopram, fluoxetina, fluvoxamina, paroxetina, sertralina, zimeliditrimipraminaaalaproclatenamina, bueno, esta última no creo que pueda conseguir pero si hubiera me la pone, es muy necesaria. Hasta luego.

El doctor cuelga el teléfono y va en busca de pastillas que va recolectando de sus cajones, llena sus bolsillos de ellas. Luego va donde sus pacientes pero Ana que ha estado caminando cerca de él se cruza en su camino y lo detiene

por un instante sin que él pueda percatarse de su presencia, lo vemos reflexionar, buscar la razón que lo obligó a detenerse, luego de una breve duda vuelve a su camino. Al llegar donde los pacientes, saca las pastillas de su bolsillo y se las deja sobre la cama, otras se las tira por el piso como si diera de comer a las palomas. Al parecer está intentando provocar alguna reacción en Samuel.

Samuel se resiste a tomar pastillas pero el doctor convence y supervisa que Samuel se tome todas las que le toca.

Ana está parada detrás de unas cortinas que se mueven con el viento, sólo le vemos los pies.

DOCTOR

No, Samuel, tienes que tomarla.

SAMUEL

Doctor, yo...

DOCTOR

Ah, ah, antes que nada, tómala.

SAMUEL

Pero Doctor, por favor, escúcheme...

DOCTOR

No, nada, la salud depende de una rigurosa medicación (le coge el rostro), a ver, abre la boca. Ahí la tienes, tómala, así, muy bien. Samuel, te estás comportando cada día mejor, eres un buen muchacho, pronto estarás sano y podrás irte a tu casa, te prometo que pronto saldrás de aquí.

El doctor ahora va donde Marissa y le pone las pastillas en la boca, mientras le habla de cerca cosas que no podemos escuchar.

Marissa acepta las pastillas con resignación y desgano, ha perdido la fuerza de voluntad para resistirse, una vez ingerida la dosis su mirada vuelve a fijarse en un punto para perderse en el vacío.

Samuel va al baño y orina, suena el pasar del agua en el inodoro. Samuel se sube a la ventana del baño y mira hacia afuera, intenta subirse, parece que pretende escapar, pero oye al doctor cerca, el temor lo hace retroceder, sale del baño y se dirige lentamente hacia su cama.

El Doctor ha vuelto a su oficina para hacer las últimas anotaciones, cierra el cuaderno, se levanta y apaga las luces, sólo deja encendida una pequeña lámpara que le permite de alguna manera observar a los pacientes. Luego coge su guitarra, rasga unas notas, afina, ensaya ese tema tan sencillo pero que se le hace tan difícil de tocar, poco a poco se va quedando dormido.

Samuel y Marissa duermen también.

Ana se acuesta pero no puede dormir y se levanta a hacer ejercicios casi gimnásticos que la cansan.

El músico produce un extraño sonido soplando una manguera dentro de la lata que anteriormente estuvo rodando.

Después de unos segundos Marissa y Samuel se levantan al mismo tiempo y empiezan a realizar movimientos abstractos, unidos van consiguiendo salir de la cama donde dormían.

Ana reacciona en contradicción física a los movimientos que ve realizarse.

Samuel y Marissa empiezan a realizar una coreografía que representa sus sueños, o su inconsciente: Samuel se pega a Marissa, se recuesta sobre ella, Marissa quiere zafarse, Samuel se sube sobre ella, la sujeta fuertemente, Marissa se revuelve sobre la cama, la cama cede, caen al piso, Samuel la doblaga por un instante, Marissa lucha de nuevo por separarse de Samuel, sus

movimientos se van expandiendo, se trasladan de esta manera de un lado a otro, Marissa queda balanceando los pies en el aire mientras Samuel la carga, Samuel gira con ella, el movimiento se amplía y dan más vueltas y vaivenes hasta que se detienen y caen exhaustos, tirados en el piso se miran largamente hasta que cierran los ojos.

Ana se ha puesto a jugar retratando una memoria de la infancia, luego se ha acercado a Marissa y la ha acariciado, una vez más va y se oculta en el espacio.

El músico empieza a rodar una lata de un lado a otro con un palo de escoba produciendo un sonido repetido y estresante, angustiante.

Ana camina de puntillas por el borde de una cornisa, intenta una especie de baile por un momento pero se frustra, se entristece.

Marissa y Samuel duermen aun en el piso.

Ana va hacia el borde y lanza tierra al aire, se baña en ella.

La luz se apaga lentamente.

2.- La degradación del encierro

Pasan los días inconmensurables del encierro, encierro que cambia la relación del espacio con los cuerpos, cuerpos que manifiestan el paso del tiempo.

Es un nuevo día, la luz del fluorescente titilante es la metáfora del inexistente sol.

El doctor al fondo riega sus macetas de excéntricas plantas.

Samuel despierta, abre los ojos y se queda quieto largamente.

Marissa que ya se ha levantado expresa buen ánimo, pero esboza una mueca en su sonrisa que revela al mismo tiempo, el llanto. Se arregla el cabello colocándose una flor frente a un espejito redondo y celeste, luego se plancha

con las manos su camisón de paciente. Al darse cuenta que Samuel se ha despertado, se acerca a él.

MARISSA

Hoy me vienen a buscar.

Susurra una canción evocada. Se mete al baño, se oye el correr del agua.

El doctor ha bajado, se acerca a un reproductor de vinilo y pone nuevamente la música tradicional de Burundi que había puesto Samuel en la escena anterior.

DOCTOR

Si la experiencia autoriza a hablar de una personalidad externa, autoriza así a admitir la existencia de una personalidad interna: el modo y manera en que un sujeto se comporta con los procesos psíquicos, el carácter con el que se vuelve hacia lo inconsciente.

Ana lanza pequeñas piedras y tierra desde atrás, el doctor lee el Libro de Jung en voz alta; las piedras siguen cayendo, él sigue leyendo.

El inconsciente no se limita a identificarse con el instinto, y a cumplir un rol compensatorio, sino que posee también una dimensión espiritual que se manifiesta en primer lugar en su carácter prospectivo, abierto a la trascendencia. Y es esta actitud interna la que conocemos como Alma. Empezamos a ocuparnos del alma cuando sentimos que necesitamos conocer el significado de la vida, cuando anhelamos una conexión con el cosmos, o cuando contemplamos nuestra

mortalidad. Lo que nos hace sentirnos vivos y reales es el viaje a los misterios centrales de la vida, donde aprendemos sobre la muerte, disolución, pasión y éxtasis, y vemos la belleza contenida en todo ello. Cuando el alma se descuida, este descuido se manifiesta en forma de obsesiones, adicciones, violencia y pérdida de sentido. Se cae en la tentación de aislar estos síntomas o de tratar de erradicarlos de uno mismo, pero la raíz del problema es que se ha perdido la sabiduría sobre el alma. Se llega a reconocer la existencia del alma solo porque se queja y nos hace sentir su dolor, que no se puede superar solamente "pensando", porque el pensamiento es una parte del problema.

Samuel se ha ido resbalando de la cama, luego tira las sábanas y el colchón de la misma y pone el catre de costado, de tal manera que parece estar en una celda con rejas, finalmente se queda mirando a través de las barras.

Marissa sale empapada con todo y ropa del baño.

SAMUEL

¿Qué me miras?

MARISSA

¿Yo? No, no.

SAMUEL

Sí, me mirabas a mí, ¿por qué me miras?

MARISSA

No, no te miraba a ti

SAMUEL

¿Me tomas por loco?

MARISSA

No... no...

SAMUEL

¿No qué?

MARISSA

No creo que estés loco.

SAMUEL

¿Entonces qué me miras?

MARISSA

No te miro a ti, miro la pared.

SAMUEL

Miras la pared y piensas que soy estúpido.

Marissa intenta seguir su camino.

Samuel coge a Marissa del brazo y la retiene.

DOCTOR

Samuel, déjala.

Samuel, se detiene, lo mira.

DOCTOR

Suéltala.

Samuel la suelta.

DOCTOR

En otro sitio le hacen cosas atroces a los pacientes, en cambio aquí, yo jamás permitiré ese tipo de cosas, trata de controlarte Samuel, te aumentaré la dosis para evitar más daños.

SAMUEL

¿Qué enfermedad tengo? Dígame, doctor.

DOCTOR

Tienes trastorno de personalidad, depresión aguda, paranoia, y psicosis, adicción a la cocaína y a la marihuana y por si te parece poco, principios de esquizofrenia.

SAMUEL

Pero a mí las medicinas me hacen peor.

DOCTOR

Es parte de las reacciones pero después te sentirás mejor.

MARISSA

Lo que es peor, es este encierro.

El doctor le deja más pastillas y se aparta.

Marissa coge una tiza y empieza a escribir con letras grandes en el piso “esto no es un encierro”, la letra empieza grande pero cada vez se hace más temblorosa y pequeña hasta que se detiene. Luego de unos segundos de inmovilidad Marissa se arrastra a su cama.

Samuel se levanta, ve lo hecho por Marissa, coge una tiza y hace un círculo, se venda los ojos, con los ojos vendados trata de hacer el camino circular que en un principio logra transitar correctamente hasta que se pierde, esto le causa miedo y se quita la venda, al mirar parece no darse cuenta donde se encuentra.

Ana mira a Samuel por un momento.

Samuel se acerca a Marissa y la contempla.

Marissa en la cama ha entra en un estado cataléptico.

Ana corre a abrazarla, Marissa, no reacciona. Luego de un momento vuelve en sí y la rechaza y se quiere ir pero Ana la doblega maternalmente, la abriga, la acaricia, la calma.

Samuel va al baño, cierra la puerta tras de sí. En segundos empiezan sus gritos ininteligibles, parece llorar. Luego sale por la ventana y se cuelga de la cornisa como para escapar pero está demasiado alto y parece que no podrá sostenerse por más tiempo. Trata de balbucear algunas palabras.

SAMUEL

Ayuda, por... favor.

Samuel después de mucho esfuerzo logra volver a entrar por la ventana.

El doctor ha cogido la guitarra y ensayado una canción que no logra rasguear, ha dejado la guitarra incómodo, frustrado por su falta de talento. Va a ver a sus pacientes.

Ana se cruza en el camino del doctor pero ésta vez él no la ve. Se dirige directamente a Marissa que sigue postrada y convulsionando.

DOCTOR

No te olvides de la rutina: sentarte a escribir... escribir la palabra *almorzar* y después almorzar, o si quieres lo haces a la inversa, es decir almuerzas y después escribes la palabra *almorzar*, lo mismo con *bañarse*, obviamente cuando vayas a escribir y tengas que escribir *escribir* pones la palabra *escribir* y eso será lo único que escribas el tiempo que te duren las ganas de escribir, una vez que te pasen las ganas de escribir la palabra *escribir*, debes encontrar un tiempo para escribir dos mil páginas relatando sin omitir detalle todos los actos que recuerdas de tu vida, una vez que termines estas dos mil páginas, en ambas caras por supuesto, habrás terminado tu tratamiento y saldrás de aquí.

El doctor abraza a Marissa, le pellizca la mejilla y sale.

Marissa cae lentamente de la cama.

Ana va borrando con su cabello lo que Marissa había escrito en el piso.

Marissa se ha quedado tendida en el suelo y balbucea una canción ininteligible que se convertirá en débiles gemidos.

MARISSA

Qué bonito es cuando la mamá te cuida...

El artista audiovisual proyecta luz blanca en una pared, iluminando también a Marissa.

Samuel sale del baño y se queda mirando la luz proyectada.

MARISSA

Tengo una niña de cuatro años, que es la edad más o menos cuando me pasó algo muy curioso y que quedó grabado en mí para siempre. Sucede que a esa edad mi amiga y yo encontramos una caja llena de medicinas y decidimos jugar a la doctora y la paciente, ese día me tocó ser a mí la paciente, y se suponía que estaba muy muy enferma y tenían que darme muchas medicinas para poder estar mejor. No sé cuántas habré tomado ni cómo habré bajado las escaleras... mi tío dice que estaba completamente morada y yo le dije “¿puedes darme anís?, me duele mucho la barriga”.

Al terminar su anécdota, queda en su sitio sin hacer movimiento ni sonido alguno, sólo mirando al vacío.

En ese momento el artista audiovisual proyecta algunas imágenes que ha registrado en las escenas anteriores. Las imágenes muestran los rostros por los que Marissa ha transitado hasta este momento.

Samuel se ha ido acercando y proyecta su sombra en la pantalla. Juega un momento con su sombra y se pega a la imagen de Marissa., la acaricia.

La proyección se mueve de lugar y se dirige hacia el fondo iluminando la oficina del doctor.

El doctor está tendiendo la mesa.

3. La nave de los locos

Esta escena está inspirada en el cuadro de Bosco donde los enajenados son abandonados a su suerte en una embarcación marítima.

Samuel ayuda a traer las frutas y a repartirlas.

Ana se ha incluido en el convite.

El músico también.

El artista audiovisual a sobrepuesto en la escena la imagen de todos los encerrados almorzando, es la imagen del mismo lugar pero de otro día.

Todos comen sentados y se miran.

Samuel coge de la mano a Marissa y ella esta vez no se resiste.

Suena una música barroca en el CD.

El doctor es uno más entre ellos.

DOCTOR

¿Cómo es el camino a la luna? De músico,
poeta y loco, todos tenemos un poco. Sólo los
niños y los locos dicen la verdad. *(Canta y toca)*
Jálame la pititita, pitita, pitita / jálame la pitita,
no me la jales más *(bis)*

El doctor toca la canción que ha estado ensayando, no ha aprendido a tocarla bien, ésta vez toca mejor pero siempre consigue alguna desafinación.

En la imagen que cubre todo el espacio finalmente se proyecta la sonrisa de

Marissa que expresa al mismo tiempo el hondo dolor que sufre aquel que está confinado y lejos de los seres que ama, siendo abandonado y privado de su libertad, ese dolor de no entender se hace entendible ahora, su rostro es el aceptar la tortura que proviene del rencor de la humanidad, ese rencor que es en esencia nuestra manera de vengarnos de dios, porque dios no nos deja ver lo incomprendible.

Sólo queda la imagen de Marissa algunos segundos más.

Apagón.